

Hablemos de los campamentos de verano y discutamos de educación comunitaria y ciencia

**DANIEL OSIÀS VALVERDE, DIRECTOR DE LA
FUNDACIÓ MARIANAO, SANT BOI DE LLOBREGAT**

**DR. CÉSAR GONZÁLEZ-SAAVEDRA, GRUPO
PSITIC-BLANQUERNA, UNIVERSIDAD RAMON LLULL**

Autoría

Daniel Osiàs Valverde

Dr. César González-Saavedra



La participación de la infancia en la investigación y en la acción social y educativa por *Daniel Osiàs Valverde* y *Dr. César González-Saavedra* tiene licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 International License.

Índice

Resumen	4
1. El campamento de verano como expresión comunitaria. Una mirada desde las ciencias sociales	5
2. El campamento de verano como expresión ciudadana. Una mirada desde la educación social.....	8
3. El polítiKo, el científico y la educación comunitaria: una pausa para otro café, ahora debemos buscar dónde	12
Referencias.....	14

Resumen

Desde hace algunos años hemos tenido la ocasión de divertirnos, bromear, crear y discutir sobre el papel que desempeña la ciencia en la vida cotidiana de las personas o cómo la vida cotidiana de las personas no siempre es comprendida por la ciencia. No son pocos los cafés que han permitido esta discrepancia, tampoco lo son las veces que nos hemos reído y hasta quizás molestado con los argumentos del otro o la otra.

Una persona experta en la educación comunitaria me ha dicho en algunas ocasiones que “vuestros escritos tienen mucha tinta y poca tierra”, que “el papel todo lo aguanta” o que “tantos libros no logran incidir en el día a día”. Mis respuestas han sido de una altura similar: “de ver tanto los árboles, no veis el bosque”, “si no hay explicación a los hechos, quizás es que no son hechos” y, la que menos me gusta, “en el fondo, sé que me encuentras la razón”.

En tiempos donde la crispación reina, donde la exageración navega a sus anchas, hemos decidido abordar públicamente nuestras diferencias y ponerlas a disposición de los lectores y las lectoras. Lo haremos en función de un tema: los campamentos de verano, momento tan esperado por miles de niños, niñas, jóvenes y sus respectivas familias a lo largo y ancho del país.

Por último, antes de hacerlo, nos gustaría hacer una advertencia: **el juego de dialogar consiste en abandonar las certezas propias para reconocer que la otra persona, muy probablemente, tiene la razón**. Aunque estoy seguro de que en este caso Daniel no la tiene, y según él, yo tampoco.

1. El campamento de verano como expresión comunitaria. Una mirada desde las ciencias sociales

Es innegable el aporte que para la formación ciudadana tienen los campamentos de verano. La literatura encuentra en esta premisa un gran consenso: más allá del esparcimiento, del entretenimiento estival, de dar oportunidades de ocio a los niños, niñas y jóvenes del país, este espacio educativo es de enorme trascendencia para el tejido social y el desarrollo micropolítico territorial, para el desarrollo comunitario y para la generación de conocimiento.

Quienes acceden a estas iniciativas, así como quienes intervienen como profesionales en ellas, lejos de la estructura y las jerarquías simbólicas o normativas de los centros educativos, ven en los campamentos de verano un espacio educativo altamente significativo, donde deben convivir con normas no coercitivas o sancionadoras, con recursos muchas veces limitados, con sistemas organizativos autogestionados y nuevas relaciones sociales que, de alguna forma, los convierten en una *microsociedad comunitaria* (Cuenca, 2004).

El cuidado mutuo, la solución pacífica de los desencuentros o eventuales conflictos o los ejercicios prácticos diseñados por personas profesionales o voluntarias, permiten que los valores fundamentales de la democracia sean vividos desde la infancia y entre referentes sociales próximos a sus intereses e, incluso, a sus generaciones. El campamento estival, por lo tanto, se erige como una escuela de *polítika*. Sí, con K, como se entendía en la Atenas clásica, es decir, como un espacio de enriquecimiento en beneficio de una construcción colectiva útil, necesaria y beneficiosa para una sociedad que transforma y se transforma en comunión con el medio ambiente (Krieger, 2001).

El diseño de los campamentos y sus actividades tiene, por lo general, un alto rigor técnico sustentado en evidencias y sólidos planteamientos teóricos. No es algo aleatorio ni se reduce a lo experiencial. Por lo general las actividades se evalúan, se testean y se proyectan en el tiempo. Mediante el juego y la experimentación, conceptos tan complejos como la evolución, la ecología o los procesos geográficos son tratados con una profundidad y cercanía sustantiva (Úcar, 2006).

Desde esta perspectiva, el campamento es un reflejo de una tradición histórica que, en España, emergió con el asociacionismo y una clara expresión comunitaria. Parroquias de distintos credos, los *scouts*, *els esplai* o los *euskaraz blai*, desde realidades concretas, por generaciones han sido escuelas de diálogo, de decisión, de pensamiento crítico y de vinculación con el entorno. Además, cabe destacar, han sido propuestas que de alguna manera desafían la estructura adultocéntrica tan arraigada, al menos, en la cultura occidental.

Lo anterior no es algo menor, se trata de un mecanismo de equidad, inclusión y cohesión social. Son pocas las instancias formales donde el color de la piel, la procedencia, el aspecto o los móviles dejan de marcar el contexto y el ritmo del desarrollo educativo. La vida compartida en los campamentos diluye varias barreras materiales a través de metodologías que buscan la corresponsabilidad comunitaria, socioeducativa y territorial (González-Saavedra y Longás, 2022).

Desde la perspectiva del desarrollo del conocimiento, merece la pena subrayar la importancia que tiene la experiencia en campamentos de verano en el despertar de la *curiosidad científica* y las *vocaciones profundas*. Más allá de los valiosos aprendizajes teóricos que suceden en las aulas del país, el entorno ecosocial del campamento se despliega como un gran laboratorio de ideas, problemáticas, reflexión y soluciones colectivas. En los campamentos, por ejemplo, se realizan ejercicios de orientación con brújulas o se vive en sintonía con los elementos; se hacen observaciones astronómicas nocturnas, análisis, talleres de comprensión y respeto por el medio ambiente e incluso se crea un pensamiento empírico que no siempre cuenta con tiempos reales en los centros educativos y que es la base de la metodología científica.

Como sostiene Longás y Cussó (2018), los resultados de éxito educativo no se alcanzan exclusivamente por lo que se hace en los centros educativos, sino que fundamentalmente con lo que produce el entorno próximo. Cuando este entorno además es participativo, significativo e intergeneracional, muy probablemente también puede incidir en los resultados escolares tradicionales. Falta correlacionar datos, pero, como ha informado el Programa CaixaProinfancia, desde que existen evidencias, niñas y jóvenes que participan en las actividades relacionadas con sus redes obtienen resultados por encima de la media de España, lo cual es en sí mismo un dato revelador.

Por último, como expresión comunitaria, es decir, un conjunto de acciones deliberadamente ideadas para generar autonomía, autoorganización y transformación social, los campamentos de verano desempeñan un papel crucial en el desarrollo de la conciencia ecológica y conciencia social. En un contexto tan cargado de incertidumbre, de desapego a la búsqueda de la verdad y de sobreexposición de lo informal, el contacto con la naturaleza disminuye el escepticismo o la negación de la crisis climática mundial y promueve desde el lenguaje y la significación vivida una cultura racional, analítica, crítica y comprometida con el conocimiento. En suma, los campamentos, también son ciencia.

2. El campamento de verano como expresión ciudadana. Una mirada desde la educación social

Recuerdo perfectamente algunas de nuestras conversaciones. Comentabas que no basta con observar la realidad, que también hay que comprenderla. Yo te respondía que algunas cosas solo se entienden cuando las has vivido suficientes veces. Tú hablando de marcos conceptuales y evidencias. Yo llegando con barro en las botas, una mochila llena de historias y pocas referencias bibliográficas. Y, como suele pasar, después de una hora de discusión terminamos descubriendo que probablemente estábamos hablando de lo mismo desde lugares distintos.

Por eso, mientras te escuchaba hablar de participación, construcción comunitaria, democracia y generación de conocimiento, no podía evitar asentir. Porque todo lo que dices es cierto. Los campamentos son todo eso.

A la vez, me pregunto: ¿por qué los que hemos participado en ellos, ya sea como niños, niñas o adolescentes, o como referentes, seguimos recordándolos muchos años después?

Y es que si hay algo que me sigue fascinando después de tantos años acompañando a niños, niñas, adolescentes y jóvenes es la capacidad que tienen algunas experiencias para permanecer vivas en nosotros mucho tiempo después de haber ocurrido.

Cuando preguntamos a una persona por su infancia rara vez recuerda períodos enteros. Supongo que la memoria funciona de otra manera. Conserva pequeños destellos. Una imagen. Una emoción. Una conversación. El olor de un bosque después de la lluvia. Una noche mirando las estrellas. Una excursión. Una amistad. Y, sorprendentemente, esos recuerdos nos llevan una y otra vez a los campamentos.

Quizás aquello que permanece en la memoria es precisamente aquello que nos transforma. Y si siguen apareciendo décadas después es porque durante unos días sucede algo extraordinario: la vida se vuelve intensamente humana.

Durante una semana desaparecen muchas de las referencias habituales. El barrio queda lejos. Las habitaciones dejan paso a las tiendas o a las literas. Los edificios son sustituidos por bosques, senderos, montañas y cielos abiertos. Los horarios continúan existiendo, pero pierden protagonismo frente a algo mucho más importante: la experiencia compartida.

También quedan atrás algunas de las dinámicas que organizan gran parte de nuestra vida cotidiana. La inmediatez, la hiperconexión, las pantallas, la presión por producir, por rendir o por estar permanentemente ocupados pierden protagonismo. El tiempo recupera otro ritmo. Probablemente una parte de la magia de estas actividades tenga que ver precisamente con eso: durante unos días, el mundo desacelera.

De repente, una conversación puede durar horas. Una caminata no tiene más objetivo que caminar. Una noche alrededor del fuego se convierte en un acontecimiento. El aburrimiento deja de ser un problema y vuelve a ser una puerta hacia la imaginación. En un mundo que parece correr cada vez más deprisa, los campamentos ofrecen algo extraordinariamente escaso: tiempo para estar, para observar, para escuchar y para construir vínculos sin prisas.

También me gustaría hablarte del poder del juego en este contexto tan especial. No el juego como herramienta para aprender cosas nuevas, sino el juego como experiencia vital. Los campamentos tienen la extraordinaria capacidad de conseguir que un bosque deje de ser un bosque para convertirse en un reino perdido, que una linterna sea imprescindible para salvar el mundo o que una simple caminata se transforme en una expedición inolvidable.

Creo que los adultos solemos pensar que los niños y niñas juegan para pasar el tiempo. Quizás la realidad sea justamente la contraria. Juegan para comprender el mundo. Para explorarlo. Para imaginarlo de otra manera. Para descubrir quiénes son y quiénes pueden llegar a ser. Durante unos días, la imaginación deja de ser un complemento de la realidad para convertirse en una forma de habitarla.

Pero si hay algo que convierte esta experiencia en verdaderamente transformadora son las personas.

Los campamentos están llenos de encuentros. Entre iguales, pero también con aquellas personas adultas que se convierten en referentes significativos. Personas que acompañan sin juzgar, que escuchan sin prisa, que ayudan a alcanzar la cima de una montaña imposible, a superar una dificultad o simplemente a creer un poco más en uno mismo. Muchas veces olvidamos las actividades concretas, pero recordamos perfectamente a quienes nos hicieron sentir capaces.

Después de tantos años vinculado a proyectos educativos sigo compartiendo montaña, conversaciones y amistad con personas a las que conocí siendo adolescentes. A veces pienso que esos vínculos no nacieron años después. Nacieron allí. Alrededor de una hoguera, caminando por un sendero o contemplando juntos un paisaje que entonces ni siquiera sabíamos que íbamos a recordar y compartir toda la vida.

Y quizás es precisamente la naturaleza la que hace posible gran parte de esta magia.

Todavía hoy me encuentro con jóvenes que acompañé hace más de veinte años y que recuerdan perfectamente la primera vez que durmieron fuera de casa, la primera cima que alcanzaron o la primera noche en la que contemplaron un cielo lleno de estrellas. Muchos de ellos han incorporado posteriormente la montaña, el senderismo o el contacto con la naturaleza como una parte importante de su vida. Lo que comenzó siendo una actividad terminó convirtiéndose en una forma de relacionarse con el mundo.

Existe además otra dimensión de los campamentos que considero especialmente valiosa: su capacidad para suspender temporalmente las etiquetas que acompañan a las personas en la vida cotidiana. El contexto etiqueta.

La escuela, el barrio, las expectativas de los adultos o las circunstancias personales terminan definiendo muchas veces cómo vemos a los demás y cómo nos vemos a nosotros mismos. Está el niño conflictivo, la alumna brillante, quien necesita apoyo, quien destaca o quien carga con una historia difícil.

Los campamentos alteran esa lógica. Durante unos días todos comparten los mismos espacios, los mismos retos, las mismas incomodidades y las mismas aventuras. Las diferencias siguen existiendo, pero dejan de ocupar el centro. Lo importante pasa a ser la capacidad de colaborar, convivir, cuidar de los demás o aportar al grupo.

He vivido muchas veces la experiencia de conversar con profesionales sanitarios, educativos o terapéuticos sobre determinados niños y niñas y sentir que hablábamos de personas distintas. El mismo adolescente que en un contexto aparece definido por sus dificultades puede convertirse, en las colonias, en quien lidera una excursión, resuelve un conflicto o cuida espontáneamente de los demás. La diferencia no estaba en él. La diferencia estaba en el contexto.

Quizás una de las grandes enseñanzas de la educación comunitaria sea precisamente esta: muchas veces no transformamos a las personas, sino transformamos las condiciones que permiten que aparezca la mejor versión de ellas mismas.

Por eso los campamentos son también una poderosa experiencia de igualdad de oportunidades. Porque permiten que niños y niñas de procedencias, culturas, capacidades y trayectorias vitales muy diversas se encuentren en un espacio común donde las diferencias dejan de ser barreras y se convierten en riqueza compartida.

Y quizás por todo ello seguimos recordándolas.

Porque cuando cerramos los ojos y buscamos algunos de los recuerdos más intensos de nuestra infancia, no solemos encontrar únicamente actividades o juegos. Encontramos emociones, vínculos, descubrimientos y experiencias que nos ayudaron a comprender quiénes éramos y quiénes queríamos llegar a ser.

Tú dices, César, que los campamentos también son ciencia. Y estoy de acuerdo.

Pero después de muchos años viéndolos desde dentro, me atrevería a añadir algo más: son una invitación a imaginar, convivir, descubrir y construir comunidad. Y quizá por eso, décadas después, seguimos siendo capaces de recordar aquellos días con una precisión sorprendente, como si una parte de nosotros nunca hubiera terminado de regresar de ellos.

3. El *polítiKo*, el científico y la educación comunitaria: una pausa para otro café, ahora debemos buscar dónde

Hace un poco más de un siglo, Max Weber realizó una serie de conferencias en las que abordaba las diferencias *¿irreconciliables?* entre la política y la ciencia, entre el *actuar* y el *saber*; entre la *vocación* y la *razón*. Llevado al extremo, según el sociólogo alemán, la ciencia busca la verdad y para ello emite juicios de hecho a través del método, la razón y la claridad, mientras que la política navega en los juicios de valor, la pasión, el compromiso por la causa y la toma de decisiones basadas en una moral social acordada (Weber, 2021).

El político y el científico (op.cit., 2021) es una obra que se discute hasta nuestros días y que, aunque no compartimos varias de sus premisas, sí nos permite abrir un espacio de pausa para entender que el mundo se puede dividir para analizar, pero se debe unir para realmente vivir.

Si la política es aquella que en esta conversación entendemos con una “k”, es todo aquello que ha escrito Daniel. Y si buscamos la verdad desde el diálogo, solo puedo decir que el campamento de verano es lo que señalan todas sus palabras. Antes de cerrar, desde el terreno personal, no puedo sino tomar consciencia que aprendo más de sus palabras que de los libros, que no tuve la oportunidad de ir nunca a algún campamento, pero que he entrevistado a muchas personas que sí lo han hecho. Me encantaría encontrar dentro de mis recuerdos las experiencias de aprendizaje que nos ha compartido.

Antes de finalizar este diálogo abierto a la ciudadanía global, no podemos sino rendir un sentido homenaje de admiración y compromiso a todas las personas que hacen posibles los campamentos de verano. Deseamos que esta labor sea cada vez más reconocida, que disponga de más medios y que ocupe en la investigación y en la producción de conocimiento el lugar que merece.

Por último, esta charla no pretende cerrar nuestras discusiones. Su propósito es más sencillo y, precisamente por ello, quizás más importante: poner sobre la mesa preguntas, evidencias y discrepancias que nos ayuden a comprender mejor una realidad compleja.

Después de muchos años compartiendo campamentos, conversaciones y aprendizajes, hemos comprobado que el consenso rara vez nace de la uniformidad, sino del contraste honesto entre experiencias, argumentos y miradas diversas.

Esperamos que otras personas se sumen a estos espacios de reflexión y que, entre todas y todos, sigamos fortaleciendo un conocimiento conectado con la práctica. Porque difícilmente podremos comprender, mejorar y visibilizar aquello que sucede en los campamentos si no dedicamos tiempo a observarlo, analizarlo y compartirlo.

Feliz campamento, felices vacaciones y hasta la próxima.

Cafè de la Muntanyeta, Sant Boi de Llobregat

Referencias

- Cuenca, M. (2004). *Pedagogía del ocio: modelos y propuestas*. Universidad de Deusto.
- González-Saavedra, C. y Longás, J. (2022). Educación social, educación y democracia desde la teoría de posicionamiento social. *Revista de Educación Social. Revista d'intervenció Socioeducativa*, 81, p. 79-97.
- Jaeger, W. (2017). *Paideia: los ideales de la cultura griega*. Fondo de Cultura Económica.
- Krieger, N. (2001). Teorías para la epidemiología social en el siglo XXI: una perspectiva ecosocial. *International Journal of Epidemiology*. 30: 668-677.
<https://www.scielo.org/pdf/rpsp/v11n5-6/10738.pdf>
- Weber, M. (2021). *El político y el científico*. Alianza Editorial.

